

ALBERTO ANGEL MONTOYA O LA GRAN SOLEDAD

Escribe: DANIEL SAMPER PIZANO

Uno de los grandes poetas con que ha contado no solamente Colombia sino toda la literatura hispanoamericana, es el que Germán Pardo García apellida “el poeta galante”: Alberto Angel Montoya.

Angel es una mezcla de valores humanos que se debaten ya en tendencias satánicas, ya en tendencias divinas. Y en gran parte de su obra —y su obra es su vida—, se reconoce el triunfo gentil de la tendencia diabólica. “Yo amaba el vino, la mujer y el juego”, dice en su mejor autosíntesis, el poema “Eramos tres los caballeros”. Y es que Angel Montoya ha sido un eterno caballero; el eterno caballero del vino, de la mujer y del juego. Pero, especialmente, es el eterno caballero del amor, el hombre de las grandes pasiones amorosas; pero, que quede muy claro, de las grandes pasiones galantes. Es el gran caballero de las grandes pasiones, y de las grandes pasiones aristocráticas, como corresponden a él. Porque, ante todo, Angel Montoya es eso: un aristócrata. Su transcurrir por el amor, por el dolor, por la soledad, siempre dejará impresa la huella indeleble de su gallardía. De su “gallardía esencial” como la llama Eduardo Carranza. Angel Montoya recorre los caminos del amor a suficiencia:

*Del Amor y el Placer hasta el exceso
los reinos recorrí de beso en beso.*

Al final de su peregrinar, se encuentra con aquello que, como él mismo dice, “un psicólogo ilustre lo definió: el Hastío”.

Las andanzas del poeta galante por los senderos del amor han sido tan numerosas como variadas. Unas veces este amor es el que se puede calificar de candoroso, como en “A una amazona”; otras, las más de las veces, tiene mucho de sensual como en “Búsqueda y hallazgo de la muerte”; y en algunas pocas ocasiones es el amor que peca de sexo, de demasiado sexo; es cuando el tema opaca el poema, cuando uno de los elementos echa a perder el conjunto. Es el caso de “Romance de la niña inocente”, cuando Angel se pierde poéticamente por la falta de belleza en el tema.

El amor, pues, el amor galante es el que va a trazarse a lo largo de su obra, la cual, debemos repetir, es la narración de su vida, pero escrita con el corazón. Ese corazón suyo que, al fin y al cabo, querrá no

querer más, pero que seguirá sujeto siempre a la eterna fuerza que le significa la mujer. Porque Alberto Angel tendrá que decir,

*La mujer es el triste maná de cada día
y sin embargo es dulce soñar con la mujer.*

Para Angel, frente al Amor, se va a oponer otra realidad, el Dolor, como sucede en los que alguna vez se vuelven poetas. Pero, como un temor inevitable, como un peso continuo, como una casi dijéramos, atracción, se presenta ante él la Muerte, la que define como “El silencio de Dios ante los hombres”. La Muerte inefable que irrumpe en medio de su vida como un significado de la negación de la esperanza, la misma que borra lo que tuvo para él un significado en el tiempo anterior. La que encuentra al retorno de un baile a su brazo. La que se traduce en tantos poemas como “Nouvelle”, “Solo”, “Huerto cerrado”: la que al fin va a oponer, también, como un contradictorio del Amor, para concluir en que “El Amor es más fuerte que la Muerte”; Muerte y Amor, con mayúsculas.

Sin embargo, Angel es mejor poeta del Amor que fue que del amor que es. Auncuando en ambos campos es un verdadero maestro —al fin y al cabo el autor de “Lección de Poesía”—, Angel se supera cuando se convierte en el poeta del dolor del amor, en el poeta de la nostalgia, de la eterna nostalgia que lo envuelve, en el cantor del pasado; Angel es el poeta que vive un presente en función del pretérito. En pocos como en él, el fenómeno “tiempo” tendrá tanta influencia.

*Ah, si pudiera todo lo que somos
retornarnos a todo lo que fuimos.*

Y, por eso precisamente, es un gran arquitecto del verso. “Todo buen poeta vive del pasado”, dijo alguien, casi como si se estuviera refiriendo al poeta galante. Para él, lo precedente es lo cierto, la existencia de su vida anterior hace que, cuando narre en presente, quiera decir: pasado. Cada vez que encontramos un poema suyo, notaremos que, aunque esté escrito en presente, se refiere al pasado, tiene una palpación precisa o imprecisa de algo que fue. A veces la fuerza es tan irresistible, se hace tan atrayente el pasado, que el poeta no puede menos que trasladarse allí definitivamente. “Elegía de los Pinceles” es la muestra más patente de un vaivén decidido entre lo que es y lo que fue. Es cuando, con mayor impulso que nunca, se ve obligado a saltar a lo precedente, pues éste se aferra a su presente, y no solo se aferra sino que le vence.

Pero también el futuro, incierto futuro, —“¿Qué azar presagias?”—, opaco futuro, —“¿Qué mal predices?”—, también él es función del pasado. Por eso ha escrito:

*Será preciso un día de angustia ultraterrena,
llorar; llorar por todo lo que no pudo ser.
Pero aún después del llanto brotará la sonrisa
Más allá de la vida, la muerte y la mujer.*

Y por ende del presente y el pasado, la manifestación doble de estos conceptos en el sentimiento —que son el olvido y el recuerdo— y el recuerdo es el no —olvido—, son valores importantísimos en su poesía. Ellos entran en juego constantemente en el tiempo, y de ellos se nutre la poética de Angel Montoya. Al hablar del amor, no puede separarlo del olvido o del recuerdo; tiene que relacionarlo siempre implícita o explícitamente, con ellos.

*Toda la angustia del amor perdido,
y el gozo triste que al amor le inspira
poder de corazón hacer olvido.*

Ha escrito Angel. Y también ha dicho:

*El tiempo ya, Cecilia, sobre mi alma
y en mi cumbre de sombra es solo el viento
y el viento es ya la noche sin el alba
mas tú fuiste la víspera del tiempo.*

En “La Sortija”, una presente, pasado y futuro en algo pretérito:

*Lo he mirado brillar como el recuerdo
de algo que pudo ser y no fue nunca.*

Realmente, para él, el tiempo se ha convertido en un enemigo. En el que lo aleja del pasado cada vez más. Pertinaz, insistente, le hace ver la terrible realidad de que tiene que resignarse con su momento. Le hace ver que vive un presente, con lo que es en el presente, y que lo pasado, pasó. Su situación actual tiene que producirle una reacción, y esa reacción invariablemente, debe ser la tristeza y cuanto encierra esta palabra: melancolía, dolor, nostalgia, desazón, y, si se quiere, hastío. La actualidad conduce a Alberto Angel a escribir:

*Vanos versos tardíos! Que es triste ser poeta
si ya solo poeta no más se puede ser.*

Como característica secundaria de su poética, pero aún sobresaliente, es la de que Alberto Angel es el perfecto retratista de la sabana de Bogotá. No que se haya dedicado a labores descriptivas de la misma, sino en muchas ocasiones, se presenta en sus poemas un sentimiento netamente sabanero. Descriptivo sería, entonces, en este aspecto sentimental, pues la sabana y el sentimiento son indisolubles.

Retratista de ambiente; dibujante de ese no sé qué se siente al pasear una tarde por la sabana, mientras sopla la brisa levemente. Pintor del silencio, de la añoranza, de la melancolía “a priori” que se lleva al contacto con la sabana. Esta sabana con su eterno tren que la atraviesa:

*La noche azul. La noche. Y un tren que llega y parte.
Por sentirme más solo le digo adiós al alma.
La noche azul. La noche. Y un tren que va a lo lejos.
El tiempo es ya la fuga de los trenes que pasan.*

La circunstancia total de la sabana, de la cual el tren forma parte esencial. Es, como un fenómeno de excepción a la belleza, la fundición poética de la máquina y el paisaje, hasta el punto de que la máquina se convierte en un rasgo necesario del paisaje.

Un sub-fondo de muchos de sus poemas es la respuesta al llamado de la sabana, llamado que se compadece sabiendo que el poeta ha pasado sus últimos años, dentro de su soledad interior, en su mansión sabanera de "El Corzo", al borde de la cual pasa el tren con sus cargas de melancolía. Responde, pues, al llamado de su patria chica y, paradójicamente, tan grande para él. "A una Amazona", es un claro pasaje de este estilo: describe elegantemente, con su elegancia característica, retazos de un paseo vespertino por estos campos.

Semejantemente, en un gran número de sus poemas se puede comprender, sentir, perfectamente algunas de las circunstancias propias de ciertos momentos sabaneros: las veladas oscuras de "Velada Invierno"; la hora de té de "El bebedor de té"; los tradicionales bailes santafereños de un fragmento de "Solo":

—*Bajo el ala sombría del nocturno sombrero,
al salir de aquel baile, cómo eran los ojos?*—

Los paseos al ponerse la tarde de "En los jardines de Lili"; la descripción de algunos parajes de su casa sabanera, como en "Retratos de Familia", "Tedio".

Alberto Angel Montoya, puede decirse, es un cachaco, en su plena acepción, lo cual implica aristocracia, caballerosidad, nobleza, gallardía, galantería.

Si quisiéramos poner un ejemplo clásico, concreto, de una síntesis de el factor "sabana" y el factor "tiempo", sería preciso acudir, como en otras ocasiones, a su poema "Solo", del cual citaremos un fragmento.

*Se poblarán mañana los desolados muros
de esta mansión antigua que vió crecer la infancia.
Un andar apremiante de urgidas ambiciones
despertará del ocio las severas estancias,
cuya quietud mortuoria vigilan los retratos
que hasta ayer presidieron las íntimas veladas.
Será labranza el bosque de los loados pinos
donde corrieron niños y se sombrearon canas.
Máquinas de modernos engranajes ruidosos
ocuparán los viejos pesebres y las cuadras
de los caballos raudos y los ganados lentos
que llegaron un día de las Islas Británicas.
Reflejará la acequia molinos y turbinas,
y el agua que fue nube será espuma mecánica.
—La acequia soledosa cuya sola presencia
hizo más puro el cielo e hizo más dulce el agua—.*

Aquí está el Alberto Angel sabanero, galante, que forma un paralelo angustioso, verdaderamente angustioso, entre presente, pasado y futuro, para decir también con Manrique, que todo tiempo pasado fue mejor.

Alberto Angel Montoya, como ya vimos, recorre el amor. Recorre los placeres de ese amor. Pero, al final del camino, cuando termina la jornada, encuentra el dolor. Al dolor como réplica al amor, al dolor como respuesta al placer, al dolor como reacción al goce. Llega, como perfectamente nos lo dice, "hasta el dolor por la alegría".

Y es entonces cuando pasa de ser uno de los tres caballeros que andaban por garitos y tabernas, aquel a quien gustaba el vino y la mujer y el juego, al hombre eternamente solo. Al poeta que va a partir "humanamente solo", es decir, con toda la soledad que brinda el ser hombre y el estar solo. Será un hombre sumido en una inmensa soledad, viviendo a través del pasado, y cuya única compañía será el dolor. Entonces el poeta que había escrito:

*Del Amor y el Placer hasta el exceso
los reinos recorrí de beso en beso.*

Deberá terminar el poema, y de esta manera:

*Por fin huí de todo cuanto existe.
Y en mi torre que mira hacia el poniente,
hallé que era el dolor la única fuente,
y hoy soy feliz porque aprendí a ser triste.*

En este último verso se encuentra toda la filosofía de Angel. Hoy, ciego, solo, el poeta ha encontrado la verdadera felicidad en la tristeza. En esa íntima tristeza que lo acompaña cuando escribe su poema máximo: "Solo", una de las obras maestras de la literatura colombiana.

Angel es definitivamente un gran poeta, y, por consiguiente, un gran hombre, en todo el sentido humano de la palabra. Solamente citaremos la frase de Hebbel tan bien adjudicada por Caparros al poeta galante, al poeta, también, de "desolada angustia", como la llama el mismo crítico: "La grandeza de un hombre se mide por la cantidad de soledad que es capaz de soportar".

Alberto Angel Montoya, al final de su camino un tanto pagano, vuelve los ojos hacia arriba. Como sucede al Juan de Covadonga que nos pinta Silva, el poeta de la gran soledad también "mezcló a su tenaz melancolía el ansia de consuelos superiores", y es entonces cuando escribe, en los mejores versos al amor divino que encontramos en el panorama poético colombiano,

*Dame Jesús, la gracia de estar entre los muertos.
No más la cruz Satánica de unos brazos abiertos
donde, crucificado, de amor desfallecí.*

*Dame, Jesús, la tuya y ampárame en tu manto.
Yo bien merezco el premio! Que habiendo amado tanto,
tengo que odiarlo todo para quererte a Ti.*

Este es Alberto Angel Montoya: humano hasta donde se puede ser humano; caballero hasta donde se puede ser caballero; poeta hasta donde se puede ser poeta.